

Nicasio SALVADOR MIGUEL

## DESCRIPCIÓN DE ISLAS EN TEXTOS CASTELLANOS MEDIEVALES

### 1. CONSIDERACIONES PREVIAS

Aunque sin repetir lo que, con algo más de detalle, he explanado ya en otras ocasiones<sup>1</sup>, conviene aclarar, con suma brevedad, respecto al título de estas líneas, que con el término «castellano» entendemos tanto la producción acorde con ese código lingüístico como la vertida en dialectos pericastellanos (mozárabe, aragonés, etc.) absorbidos literariamente por aquél. Asimismo, fijamos el período medieval en la etapa que se extiende desde los primeros textos de que queda noticia hasta la aparición de *La Celestina*, cuya versión definitiva remonta con seguridad a 1502, aun cuando tal vez ya en 1500 se estampara en Salamanca una edición de la misma. Debe recordarse también que en la Edad Media tanto los autores como el público ignoraban las distinciones modernas entre «valeur d'usage ou art pur, didactisme ou fiction, imitation ou création, tradition ou individualité»<sup>2</sup>, por lo cual el estudio de la literatura de la época debe prestar atención a géneros tan variados como los libros cinegéticos, históricos, jurídicos y médicos, así como a los sermones, los tratados de apologética o los libros de viaje. A este concepto responde, de manera consciente, el rótulo de mi encabezamiento, al referirse a textos castellanos medievales, así como la variedad de los que constituirán el objeto central de mi indagación.

---

<sup>1</sup> Vid. N. Salvador Miguel, «Judíos y conversos en la literatura medieval castellana: Hechos y problemas», en *Los sefardíes. Cultura y literatura*, ed. P. Díaz Mas, San Sebastián, 1987, p. 51; *íd.*, «Un texto médico del siglo XV: el *Tratado de las apostemas*, de Diego el Covo», *Dicenda*, 6 (1987), p. 217.

<sup>2</sup> H. R. Jauss, «Littérature médiévale et théorie des genres», *Poétique*, 1 (1970), p. 80.

En cuanto a las islas, definidas, sin más, por el *Diccionario* académico como «porción de tierra rodeada de agua por todas partes»<sup>3</sup>, son accidentes geográficos que, aun cuando puedan hallarse también en un río o en un lago, se relacionan, sobre todo, tal como matiza Covarrubias, con el mar<sup>4</sup>, único sentido en que aquí se las tendrá en cuenta.

Aclarados estos presupuestos, resulta evidente que no entra en mi propósito enfrascarme en un estudio sobre «las islas en la literatura medieval castellana» sino, con mucha más modestia, realizar unas calas en unos cuantos textos. No cabe, además, proceder de forma diferente, ya que uno se encuentra limitado tanto por la extensión en que puede moverse como por la ausencia de monografías previas sobre el asunto, entre las cuales la primera y más imprescindible debería ocuparse de constituir un inventario exhaustivo de los textos castellanos del período en que aparecen diseños insulares<sup>5</sup>. En efecto, tan solo a partir de todos los datos, examinados diacrónicamente y en relación con las fuentes respectivas, estaríamos en disposición de establecer conclusiones válidas para el conjunto de las letras castellanas de la Edad Media, que, luego, deberían contrastarse y compararse con las que nos ofrecen las indagaciones sobre otras literaturas.

De acuerdo con estas premisas y sin prejuzgar los posibles resultados, procedí a seleccionar cuatro fragmentos de descripciones insulares incluidas en sendas obras de cronología y características muy varias, con la intención de inquirir si, pese a su diversidad, presentaban rasgos recurrentes, de cuya comprobación y cotejo posterior con otros textos pudieran desprenderse algunas deducciones que cupiera considerar como representativas de una tipología insular en los autores castellanos del Medievo. Comenzaré, por tanto, con unas consideraciones atinentes a los textos y contextos en que se fundamenta mi escudriño que, solo en contadísimos casos, apuntalaré con otras referencias: el *Libro del cavallero Cifar*; el *Laberinto de Fortuna*, de Juan de Mena; las *Andanças e viajes*, de Pero Tafur; y la traducción castellana del *Viaje de la Tierra santa*, de Bernardo de Breidenbach<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> *Diccionario de la Real Academia Española*, s. v. *isla*.

<sup>4</sup> «Dicitur terra quae undique aquis clauditur, proprie autem in mari»: Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. M. de Riquer, Barcelona, 1987, p. 742b, s. v. *isla*.

<sup>5</sup> Aunque cabe espigar algún que otro dato, no cubre ni de lejos estas exigencias A. Navarro González, *El mar en la literatura medieval castellana*, La Laguna, 1962; *id.*, *El mito marinero de las insulas*, Las Palmas, 1964.

<sup>6</sup> Las ediciones que utilizo y a las que me referiré en el texto con indicación de las páginas correspondientes son: *Libro del caballero Zifar*, ed. J. González Muela, Madrid, 1982; Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*, ed. M. A. Pérez Priego, Madrid, 1989; *Andanças e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos*, ed. M. Jiménez de la Espada, Madrid, 1874, que se cita por la reimpression facsimil, con otros complementos bibliográficos y con el título de *Andanças e viajes de un hidalgo español. Pero Tafur (1436-*

## 2. TEXTOS Y CONTEXTOS

Compuesto hacia 1300, el *Libro del cavallero Cifar* acoge, en su última parte, un relato de los «Hechos de Roboán», es decir, el hijo menor de Cifar, quien, tras un rosario de aventuras que no vienen a cuento, es expulsado del imperio de Tigrida en un batel sin remos que lo conduce al imperio de las Islas Dotadas, donde contrae matrimonio con la emperatriz Nobleza. Allí permanece durante un año menos tres días, ya que su codicia, estimulada por el demonio bajo el disfraz de una hermosa dama, le tienta a solicitar un don prohibido a la emperatriz: un caballo que lo transporta hasta el barco en el que había arribado a la isla, en el cual se ve obligado a regresar a Tigrida.

En 1444, Juan de Mena termina el *Laberinto de Fortuna*, en cuya segunda parte (coplas 13-293) el poeta-protagonista, raptado del mundo real por la diosa Belona, es conducido a la casa de la Fortuna, desde cuyo alto contempla una visión alegórica del orbe universo que, además de las tres zonas del mundo (Asia, Europa, África) en que los tratados cosmográficos y geográficos dividían la masa de la tierra habitada, comprende una visión singularizada de las «islas particulares» (coplas 51-53).

Entre tanto, desde el otoño de 1436 a la primavera de 1439<sup>7</sup>, el hidalgo sevillano Pero Tafur había realizado, por gusto personal de conocimiento y por razones comerciales, un recorrido a través de varias ciudades italianas, una parte de Oriente y algunas zonas del Imperio alemán, más unos cuantos lugares limítrofes. Tras la caída de Constantinopla en 1453, Tafur escribió una redacción retrospectiva de su viaje que, acabada en 1457<sup>8</sup>, denominó *Andanças e viajes por diversas partes del mundo avidos*. Aun cuando a lo largo de sus desplazamientos Tafur visitó alguna isla, como Chipre (pp. 66-72), es, durante el regreso a España, en los primeros meses de 1439, cuando se acumulan, en un largo pasaje (pp. 297-302), las descripciones insulares del periplo por el Adriático en una nave siciliana que lo condujo a recalar en varios puertos isleños (Rimini, Pesaro, Fano, Ancona y Brindisi), tras lo cual, rodeando Calabria, se detuvo en la ciudad de Mesina, a la que presta una atención especial. Desde allí, Tafur se dirigió a las islas de Lípari, con el Stromboli, y a Palermo, para marchar luego a Trápani y, dando la vuelta

---

1439), Barcelona, 1982; P. Tena Tena, *La labor literaria de Martín Martínez de Ampíes y el «Viaje de la Tierra Santa»*, tesis doctoral inédita, dirigida por mí, presentada en la Universidad Complutense de Madrid, 1995, 2 volúmenes (el texto, en el tomo segundo).

<sup>7</sup> La cronología fue aquilatada a la perfección por J. Vives Gatell, «Andanças e viajes de un hidalgo español (Pero Tafur, 1436-1439), con una descripción de Roma» [*Analecta Sacra Tarraconensia*, XIX (1949), pp. 123-215], recogido en la edición citada, pp. 1-93 (vid. pp. 27-57).

<sup>8</sup> M. Jiménez de la Espada, *ed.cit.*, p. XX.

<sup>9</sup> Para la interpretación geográfica del pasaje, cf. J. Vives Gatell, *art. cit.*, p. 57.

entera a Sicilia por Agrigento, llegó hasta Siracusa y Catania. Al abandonar esta ciudad, «levantóse un viento griego levante» que lo arrastró hasta Túnez, desde donde regresó al puerto de Cagliari<sup>9</sup>, momento en que se interrumpe la única copia dieciochesca que nos ha preservado el texto.

Por fin, entre 1483 y 1484, Bernardo de Breidenbach realizó, con varios compañeros, un viaje a los Santos Lugares, sobre el cual dio cuenta, con realismo y detalle, en un libro titulado *Peregrinationes in terram sanctam*, que, publicado enseguida (1486), gozó de enorme éxito gracias a la difusión de la imprenta<sup>10</sup>. Pocos años después (1498), el impresor Paulo Hurus editó en Zaragoza una traducción castellana de Martín Martínez de Ampiés, bajo el rótulo de *Viaje de la Tierra santa*, que tuvo bastante proyección. Entre otras descripciones insulares, la obra presenta un breve diseño de Creta (II, pp. 166-167), en el que se concentrará mi atención.

Las diferencias entre las obras seleccionadas son múltiples, pues, mientras el *Libro del cavallero Cifar* cabe definirlo como un libro de aventuras en prosa, el *Laberinto de Fortuna* es un poema político-moral, si bien ambos coinciden en su carácter de textos de ficción. Por contra, las *Andanças e viajes* de Pero Tafur se encuadran en el género de los libros de viajes reales, mientras que el *Viaje de la Tierra santa* se conforma como un itinerario o guía de peregrinación. Los dos coinciden, por tanto, en ser producto de una experiencia vivida, aunque, si el primero es obra original, el segundo responde a la traducción de un texto latino.

A esa diversidad de géneros se suma la divergencia de las fuentes utilizadas. Así, para el pasaje de las Islas Dotadas en el *Libro del cavallero Cifar*, se han señalado relaciones con fuentes de origen céltico y oriental o conexiones con motivos de la novela griega tardía y del *roman courtois*, sin que falten quienes propugnan fuentes de origen hispánico<sup>11</sup>. Sin embargo, ninguno de esos posibles antecedentes pasa, como mucho, de iluminar tal o cual detalle del episodio que, al menos por lo que hoy se sabe, no procede en su conjunto de un texto previo que haya servido de inspiración al autor castellano. Además, salvo alguna alusión incidental a la importancia del agua en el fragmento, no se ha planteado hasta qué punto la acumulación de elementos maravillosos pueda explicarse, precisamente, por la localización in-

<sup>10</sup> Sobre la redacción, cf. P. Tena Tena, *ob. cit.*, I, pp. CCLXVI-CCLVIII.

<sup>11</sup> Me limito a remitir a tres trabajos recientes, en los que se hallarán referencias bibliográficas a estudios anteriores: J. F. Burke, «The Meaning of the *Islas Dotadas* Episode in the *Libro del cavallero Zifar*», *Hispanic Review*, 38 (1970), pp. 56-68; C. González, «*El Cavallero Zifar*» y *el reino lejano*, Madrid, 1984, pp. 95-110; R. Ayerbe-Chaux, «Las *Islas Dotadas*: Texto y miniaturas del manuscrito de París, clave para su interpretación», *Hispanic Studies in Honor of Alan D. Deyermond. A North American Tribute*, Madison, 1986, pp. 31-50.

<sup>12</sup> Cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español* [1950],

sular en que se desarrolla la trama. Bien diferente es el caso del *Laberinto de Fortuna*, donde la visión del orbe y, de manera más marcada, la descripción de las islas se inspira de modo directísimo, según ya destacó Hernán Núñez, en su edición de 1499, en los capítulos XXXIV-XXXVI de la obra titulada *De imagine mundi*, uno de los tratados cosmográficos de más amplia difusión en el Medievo. Mena, con todo, lleva a cabo una elaboración poética que, amén de omitir y compendiar algunos datos, altera el orden en que se mencionan los nombres<sup>12</sup>, añade algún detalle nuevo, incluye cambios estilísticos y expresivos o aplica a una isla características que, según la fuente, corresponden a otra<sup>13</sup>. Por último, las descripciones insulares que acogen Tafur y Breidenbach, en cuanto resultado de viajes reales, pretenden dar cuenta de hechos realmente observados y comprobados, aunque sin renunciar a informaciones complementarias.

La disimilitud en el género y en las fuentes inciden, sin duda, en la función que desempeñan en cada texto las descripciones insulares. Así, en el *Libro del cavallero Cifar*, pese a que el tono de la narración suele mantenerse en un plano verosímil, el episodio de las Islas Dotadas constituye un relato fantástico, pleno de elementos maravillosos, subrayados por el mismo autor, al aclarar que «su madre la dexó encantada [a la emperatriz] e a todo el su señorío» (p. 387). En el *Laberinto*, sin embargo, el diseño de las «islas particulares» se presenta como parte de una descripción geográfica verosímil, en cuanto asentada en los conocimientos cosmográficos de la época, mientras que, en las obras de Tafur y Breidenbach, los universos insulares son percibidos por el lector como la pintura de una geografía real, ya que se suponen apoyados por la experiencia de los autores.

### 3. LOS DISEÑOS INSULARES

Pese a la diversidad de géneros y fuentes y a la diferencia entre su carácter poético o real, los universos insulares descritos en textos y contextos tan varios presentan unas coincidencias recurrentes, de modo que el diseño de cada isla responde a la suma de una terna de elementos librescos, mitológicos y maravillosos, sin que resalte la experiencia marinera que, desde la segunda mitad del siglo XIII, fue adquiriendo el reino de Castilla a través del comercio o de las empresas militares.

---

México, 1984, pp. 34-35.

<sup>13</sup> Pueden verse confrontados ambos textos en M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, ob. cit., p. 41.

### 3.1. Los elementos librescos

Si empezamos por los elementos librescos, bastará recordar, como algo bien sabido, que, a lo largo de la Edad Media, estuvo vigente un concepto reverencial hacia la *littera*, de modo que la *auctoritas* representada por lo escrito sobre una materia se sobreponía incluso a la experiencia y a la observación personales. De ahí, la frecuente recurrencia a textos anteriores como fuente de inspiración temática y, en consecuencia, los detalles y motivos de carácter librario que tanto abundan en múltiples obras del período. Ni siquiera los viajeros y navegantes experimentados se libraron del peso de la tradición escrita, hasta el punto de que el mismo Colón, por limitarnos a un caso harto llamativo, se deja arrastrar por la rememoración de sus lecturas cuando imagina la tierra como una pera, en cuya parte más alta el jardín paradisiaco es una especie de hinchazón, o, cuando al arribar al Orinoco, creyendo hallarse junto a las costas de la India, está convencido de haber topado con el mismo paraíso<sup>14</sup>.

Como consecuencia de estas premisas, no puede extrañar que los elementos librescos se vuelen con reiteración en los diseños insulares, tanto si se trata de islas poéticas como reales, aunque la explicación de cada caso no tenga por qué responder a razones idénticas.

Así, en el episodio de las Islas Dotadas, único de carácter maravilloso entre los textos seleccionados, el componente libreSCO llega a tener una función estructural en el relato a través de la conexión que se establece entre la Señora del Parescer, madre de la emperatriz, y la «estoria» de don Iván<sup>15</sup> que una doncella lee a Roboán, el cual la escucha con «muy grand plazer e grand solaz; ca çiertamente non ha ome que oya la estoria de don Iván que non resçiba ende muy grand plazer, por las palabras muy buenas que en él dizíe» (p. 387). Poco después, la emperatriz entretiene a Roboán con un relato sobre la verdad, el agua y el viento (pp. 394-395) que, independientemente de sus posibles analogías<sup>16</sup>, realza la importancia del adorno libreSCO, apuntalada también por el origen literario que se ahija al caballo maravilloso, en el cual partirá de las islas el infante, ya que se trata de «el cavallo que ganó Belmonte e avía fijo del rey Corqueña, do quedara quando se partió de su padre, segunt cuenta la estoria de Belmonte» (p. 400).

Ahora bien, si, en el diseño de las Islas Dotadas, esos motivos contribuyen, sobre todo, a acentuar el tono poético del episodio, en el pasaje de

<sup>14</sup> Cf. solo C. Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media* [1980], Madrid, 1986, pp. 22-23 y 34-35.

<sup>15</sup> Para posibles fuentes, cuyo detalle aquí no interesa, vid. Ch. Ph. Wagner, «The Sources of *El Cavallero Zifar*», *Revue Hispanique*, X (1903), pp. 50-57; R. M. Walker, *Tradition and Technique in «El Libro del Cavallero Zifar»*, Londres, 1974, p. 56.

<sup>16</sup> Cf. Ch. Ph. Wagner, *art. cit.*, p. 77.

Mena vienen impuestos, de entrada, por el hecho de beber en un tratado cosmográfico, cuya veracidad el autor asume, aunque con un desinterés objetivo que explana el tratamiento literario de la fuente, sometida no solo a los procedimientos retóricos más habituales (*abbreviatio*, *amplificatio*, etc.) sino a los cambios y variantes que le imponen la métrica, el capricho u otras razones. Así, en la copla 52, se califica a Naxos, isla de las Cícladas en el mar Egeo, con el adjetivo «redonda» que, en *De imagine mundi*, se aplica a la vecina Milo («rotunda insula»), la cual suprime Mena en su relación. De manera similar, «un mismo archipiélago, el de las Eolias o Vulcanias, aparece con uno de sus nombres en la copla 52 y con el otro en la copla 53 como si fueran islas distintas»<sup>17</sup>.

El desdén por la objetividad y la preferencia por lo escrito plantea, en casos, cuestiones complementarias, porque los autores se despreocupaban asimismo de los frecuentes yerros que, a causa de las deturpaciones inherentes a toda transmisión textual, podían encontrarse también en las fuentes y que suelen afectar, con harta frecuencia, a los nombres propios, sean personales o geográficos<sup>18</sup>. Así, verbigracia, el autor del *De imagine mundi* menciona las «Stoechades insulae», que corresponden al pequeño archipiélago mediterráneo, cerca de la costa francesa de Var, hoy denominado Hyères. Sin embargo, en los códices que del *Laberinto* quedan tales islas reciben los nombres de «Estregadas», «Estagandes», «Estegades» y «Esteguedades»<sup>19</sup>, variantes que confirman el desentendimiento de los amanuenses respectivos. Pero resulta muy sintomático que en el manuscrito parisino 229, corregido y anotado entre 1444 y 1450 por el propio Mena, según los estudiosos, hallemos la variante «Estrofadas», vale decir, la más alejada del original, lo que hace suponer que a Mena, desconocedor de las islas citadas en la fuente, le importaba poco realizar una comprobación, ya que, para él, la descripción de las «islas particulares» constituía, ante todo, un elemento libresco. Debo insistir, con todo, en que esos cambios deben interpretarse, más que como ejemplo de ignorancia, como prueba de una despreocupación común a otras literaturas y como paradigma de la libertad con que el vate medieval reproduce los nombres extranjeros, llegando a deformaciones arbitrarias, sin olvidar la vacilación de la grafía medieval y la carencia de unas normas fijas de transcripción, por lo que, a veces, los autores se veían obligados a elegir

<sup>17</sup> Cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, *ob. cit.*, p. 43.

<sup>18</sup> Para las variaciones de los nombres propios, vid. N. Salvador Miguel, «La *Visión de amor*, de Juan de Andújar», en *El comentario de textos, 4. La poesía medieval*, Madrid, 1983, pp. 327-329.

<sup>19</sup> Para los detalles, vid. Juan de Mena, «*Laberinto de Fortuna*». *Poemas menores*, ed. M. A. Pérez Priego, Madrid, 1976, p. 75, n. 405, proveniente de página anterior; Juan de Mena, «*Laberinto de Fortuna*» y *otros poemas*, ed. C. de Nigris, Barcelona, 1994, p. 204, n. 51e.

o inventar una forma intermedia entre la original y las medio vulgarizadas en latín medieval<sup>20</sup>.

Si los comentarios que acabo de hacer ponen de manifiesto que el examen de los elementos librescos que aparecen en los diseños insulares no puede ceñirse a una mera catalogación sino que necesita precisiones y distingos múltiples, hay que recalcar ahora que los motivos librarios tampoco son ajenos a las obras en que los universos insulares proceden de una observación personal. De modo que Tafur, a pesar de la verosimilitud que cabe suponer a un viajero bien informado, no solo embute detalles mitológicos y maravillosos aprendidos en sus lecturas sino que se arroja asimismo en *auctoritates* clásicas para prestigiar algunas de las generalidades que sobre Mesina escribe:

esta çibdat es de grandes edefiçios e muy antigua, e en muchas cosas los antiguos, ansí poetas como oradores e estoriadores, desta Meçina fablaron mucho, espeçialmente en el primero *bello punico* (p. 298).

Tampoco se libra, en fin, de los elementos librescos el *Viaje de la Tierra santa*, en el cual, al ocuparse de algunos *mirabilia* de Creta, se aportan las autoridades de Plinio, Isidoro y Orosio, es decir, tres de los escritores que prestaron a la Edad Media buena parte de los datos en que se fundamentaron los saberes geográficos y cosmográficos. Martínez de Ampiés, por su parte, frente a la denominación de «Hecatompolis», que, por haber tenido cien ciudades, se le da en el original, la llama «Centápolis», muy posiblemente por influjo de la tradición escrita más difundida, puesto que «Centápolis» es el nombre que se halla en *De imagine mundi* (I, XXXIV), sobre cuya base Mena, por razones métricas, construye la perífrasis «Creta la çentipolea» (51f).

### 3.2. Los elementos mitológicos

Como un componente a medio camino entre los motivos librescos y maravillosos, pero con entidad propia, destaca en la descripción de universos insulares la acumulación de elementos procedentes de la mitología grecolatina, pues, si tales referencias acrecientan en unos lectores el carácter fantástico de las islas, en otros provocan imágenes y alusiones de raíz erudita, al tiempo que en la mayoría contribuyen a crear una pátina de verosimilitud, a causa de la frecuente indistinción entre mitología e historia. Las huellas mitológicas, sin embargo, se prestan a muchas variantes, cuya explicación hay que buscar en las diferencias de las fuentes empleadas, en las preferencias personales entre distintas tradiciones o en otras causas.

---

<sup>20</sup> Doy más detalles, aunque referidos a nombres de persona, en «La *Visión de Amor...*», *art. cit.*, p. 327.

Ni siquiera el episodio de las Islas Dotadas, en el *Libro del cavallero Cifar*, se escapa de estas preferencias, a pesar de su difícil encaje en la tradición románica, de modo que las quejas de la emperatriz Nobleza cuando Roboán se ve obligado a abandonar las Islas Dotadas se inspiran, con toda probabilidad, en el lamento de Dido por la partida de Eneas<sup>21</sup>.

En cuanto a las *Andanças* de Tafur, si la mención de las sirenas, al ocuparse de Mesina, revela una rememoración mitológica, más o menos consciente, por los mismos recuerdos, mechados con otras tradiciones librescas sobre los volcanes, se explica que, sin ningún distanciamiento y con toda credibilidad, el autor sitúe dos de las entradas del infierno en las islas Eolias y en Catania. Así, al mencionar las islas Lípari, comenta el autor que en las mismas se halla «la ysla de Bolcano, que dizen que es una de tres bocas del Ynfierno, porque continuamente lança fumo e tronidos e salen grandes escorias por la boca, que corren fasta el agua, e tan livianos son que andan ençima del agua» (p. 299); y, algo después, cuando da cuenta de su llegada a Catania, asegura que la ciudad es «en la falda de Mongibel, la terçera boca del Ynfierno» (p. 301). Del acervo mitológico procede, también, en el momento de pasar por Trápani, en Sicilia, el recuerdo de «una alta sierra que dizen el monte de Trápana, donde está el cuerpo de Anchises, padre de Eneas» (p. 301), comentario que, amén de concordar con una de las tradiciones sobre el lugar en que se ubicaba su tumba<sup>22</sup>, suministra un indicio de la personalización con que la Edad Media consideró la mitología. Por eso, en la misma línea, el autor del *Libro del conocimiento de todos los reinos*, compuesto a mediados del siglo XIV, comenta que

en esta armenia entra un golfo del mar en que está vna isla pequeña e dizenle porto bonel e aquí fue el templo do estaua el carnero encantado, el qual desencantó jason el griego<sup>23</sup>.

No obstante, de mucha mayor relevancia para calibrar el interés por la mitología resulta el fragmento del *Laberinto de Fortuna*, puesto que, al conocer la fuente cosmográfica en que se inspira, permite delimitar los procedimientos de que echa mano el poeta para amplificar el *ornatus*. Juan de Mena, en efecto, desarrolla los detalles mitológicos de su fuente con adiciones «de tono marcadamente ornamental», mediante las cuales persigue prestar

<sup>21</sup> Cf. J. González Muela, *ed. cit.*, p. 405, n. 264.

<sup>22</sup> Cf. P. Grimal, *Diccionario de la mitología griega y romana*, Barcelona, 1965, p. 32, s. v. *Anquises*.

<sup>23</sup> *Libro del conocimiento de todos los reynos e tierras e señoríos que son por el mundo*, ed. M. Jiménez de la Espada, Madrid, 1877 [reimpresión facsímil, Barcelona, 1980], p. 35.

un «brillo poético a su geografía»<sup>24</sup>. Así, al citar la isla de Delos, de la que en *De imagine mundi* tan solo se da el nombre («Delos»), añade «la derivación del sobrenombre Delio conferido a Apolo» (Lida, p. 36):

[...] Delos,  
de la qual Delio se dixo aquel dios  
que los poetas suelen invocar (52 bcd),

en un agregado que conjunta el gusto por la mitología con el apunte etimológico, al que tan aficionados se mostraron los escritores medievales.

De modo paralelo, en la segunda semiestrofa de la misma copla 52, lo que en la fuente no pasa de una escueta referencia a la isla Icaria («Icaria insula a puero cretensi naufrago dicta est») se enriquece con el recuerdo al frustrado vuelo de Ícaro<sup>25</sup>, quien cayó al mar, cerca de la isla, al derretirse por los efectos del sol la cera con que estaban fijadas las alas que le había fabricado su padre Dédalo:

Icaria, a la qual el náugrafo dio  
de Ícaro nombre, que nunca perdió,  
el mal gobernado de sabio bolar (52 fgh).

Igualmente, al mencionar las islas Gorgonas (53c), Mena amplía la fuente<sup>26</sup>, denominándolas «islas Meduseas», sin duda por el afán de incrementar los recuerdos mitológicos, pues el nombre de «Gorgonas» le trae a las mientes que la mayor de estas tres hermanas recibía en la mitología el nombre de Medusa<sup>27</sup>. Por razones similares, en fin, al describir la isla de Sicilia («Trinaria») en la segunda semiestrofa de la copla 53, Mena vuelve a abandonar la concisión del texto en que bebe para explicar el vulcanismo de la isla, deteniéndose en el monstruoso gigante Tifeo, según la descripción más poética que le ofrecían las *Metamorfosis* (V, 346 ss.)<sup>28</sup>, es decir, el repositorio de información mitológica más manido por los autores del Medievo.

Por último, también el *Viaje de la Tierra santa* constituye una excelente muestra de cómo la mitología se prestaba a múltiples variantes que si, en

<sup>24</sup> Cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, ob. cit., p. 35.

<sup>25</sup> M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, ob. cit., p. 36.

<sup>26</sup> «...Gorgades insulae in Oceano iuxta Atlantem. In his olim habitauerunt Gorgones» (*De imagine mundi*, I, XXXVI).

<sup>27</sup> Para su historia, cf. P. Grimal, ob. cit., s. v. *Gorgona*, pp. 217-218. Ya vio esta explicación Hernán Núñez, citado por M. A. Pérez Priego (edición de 1976), p. 76, n. 419.

<sup>28</sup> Cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena...*, ob. cit., pp. 36-37, con otros detalles que no vienen al caso.

casos, obligaban a elegir una tradición entre varias<sup>29</sup>, en otros provocaban errores o mixtificaciones originados en una mala intelección de las fuentes. Breidenbach, así, al ocuparse de Creta, escribe:

Creta dicta a Crete, quodam indigena, quem aiunt unum Curetum  
fuisse, a quibus Iuppiter ibi absconditus est et enutritus.

Con tales palabras, el canónigo de Maguncia, independientemente de preferir la forma gráfica latina (Júpiter y no Zeus), según lo más habitual en la Edad Media, está aludiendo a una de las tradiciones más difundidas sobre el nacimiento de Zeus, según la cual su madre Rea, una vez que hubo dado a luz y para evitar que su padre Crono lo devorase, escondió al niño en la isla, confiando su cuidado a las ninfas y a los genios llamados curetes, quienes debían bailar alrededor del infante, para, con el ruido de sus danzas guerreras, evitar que Crono lo descubriese por sus gritos<sup>30</sup>. Sin embargo, el traductor, posiblemente por no comprender el texto, lo adorna, por un lado, convirtiendo al «quodam indigena» en el «rey Cretes», pero, al tiempo, incapaz de solventar sus dudas, opta por suprimir totalmente el resto del pasaje.

### 3.3. Los elementos maravillosos

Un tercer aspecto, y quizás el más reiterado, del atractivo ofrecido por las islas, al igual que sucedió con el Oriente, viene constituido por los *mirabilia*, vale decir, por los elementos maravillosos que ofrecían o parecían ofrecer a los ojos del hombre occidental. Con el término *mirabilia*, de acuerdo con su etimología (latín, *mirari*), se indicaba «admiración, sorpresa, gusto por lo nuevo y extraordinario», sin que fuera necesariamente bello, inclinación hacia «lo exótico y diferente», hacia lo alejado de lo común, hacia lo extraño<sup>31</sup>. En este sentido, amén de lo fantástico y fabuloso, existía también lo maravilloso real, cuya fascinación estribaba en la diversidad respecto al mundo cotidiano.

La actitud ante esas peculiaridades se plasma, a veces, en el lenguaje con que se pinta la reacción de los personajes, pues, si Roboán «fue *maravillado* de estas cosas tan estrañas que aquellas donzellas le dezíen» (p. 387), Amadís de Gaula, protagonista del más antiguo libro de caballerías, cuya composición estaba acabada antes de finalizar el siglo XV, verá estimulado su deseo de viajar a la Insola Firme «por ver las *estrañas* cosas y *maravillas*

<sup>29</sup> Vid., para un caso de Mena, N. Salvador Miguel, «¿'Pierio subsidio' o 'en mí tu subsidio'? Una nota al *Laberinto de Fortuna*, 6», *Romance Philology*, XLII-3 (1989), pp. 274-276.

<sup>30</sup> Cf. P. Grimal, *ob. cit.*, s.v. *Zeus*, pp. 546-547; y s. v. *Curetes*, p. 123.

<sup>31</sup> Cf. C. Kappler, *ob. cit.*, pp. 55-57.

que aí son»<sup>32</sup>. Pero, de modo más concreto, el interés ante esas diferencias suele manifestarse por la atención prestada a la topografía, a la fauna y a todos aquellos ingredientes que pudieran contribuir a una vida placentera.

### 3.3.A. Topografía

Si empezamos por los aspectos topográficos, las islas suelen diseñarse como lugares bien defendidos, inexpugnables e inaccesibles, de manera que Tafur resalta que Mesina es una ciudad «bien murada» (p. 298). Detalles de este tipo, sin embargo, no pasan de constituir tópicos similares a los que se emplean, en otros supuestos, para el diseño de lugares continentales; y lo mismo ocurre, por ejemplo, cuando se resalta la gran extensión, único detalle topográfico que, a la zaga de la fuente, hallamos en el episodio del *Viaje de la tierra santa* (p. 166).

No obstante, la insistencia en los aspectos defensivos, que contribuyen al aislamiento de la isla, puede originar la combinación de elementos verosímiles y maravillosos en una mezcla que suele resultar la más común, aunque con preferencia por unos u otros, según el propósito del relato. Entre los textos seleccionados, son las Islas Dotadas del *Cifar* las que mejor muestran esa fusión, pues, si su señorío se presenta, en un momento, como «todo çerrado enderredor de muy altas peñas» (p. 387), diseño que no desentona de cualquier descripción real, los elementos fantásticos predominan cuando, mediante una hipérbole, se especifica que sus costas están defendidas por «unas peñas tan altas que semejava que con el çielo llegavan» (p. 385). Paralelamente, entra en el plano de lo verosímil que la isla careciera de «salida nin entrada ninguna sinon por un postigo solo que tenié las puertas de fierro» (p. 385)<sup>33</sup> e incluso que, a través de las mismas, se llegara a un camino subterráneo «fecho a mano por do pudiese entrar un caballero armado con su cavallo», situación que contribuye a apartar las islas del mundo exterior, «de guisa que ninguno non pueda entrar acá sin su mandado [de la Emperatriz]» (p. 387). Pero la verosimilitud queda anegada por lo fantástico cuando conocemos que esas puertas se abren y cierran solas sin que nadie las pueda «mover a ninguna parte» (p. 385).

### 3.3.B. Delicias de la vida

Otros rasgos maravillosos propios de las descripciones isleñas suelen insistir en la abundancia de materias primas, la belleza de la flora, la bondad de las aguas o la excelencia del clima. Evidentemente, con la acumulación

<sup>32</sup> Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. J. M. Cacho Bleuca, Madrid, I, 1987, p. 664; y vid. pp. 76-81 para la cronología. En los dos textos citados los subrayados son míos.

<sup>33</sup> Más tarde, se indica que había otros tres postigos iguales (p. 387).

de tales propiedades, en cuya descripción suelen mecharse, una vez más, los elementos verosímiles y fantásticos, se pretende seducir la imaginación del lector, con el objeto de presentar el universo insular como un refugio adecuado para la vida apacible y regalada.

Por supuesto, en algunos casos, nos enfrentamos tan solo con ponderaciones genéricas y tópicas que no difieren de las que se aplican a las más diversas ciudades, siguiendo modelos de vieja raigambre. Así sucede cuando el autor del *Cifar* sitúa el imperio de las Islas Dotadas entre «los más viçiosos e muy abondados del mundo» (p. 404), cuando Tafur describe a Trápani como «gentil çibdat e bien abastada» (p. 301) o cuando el autor del *Libro del conoçimiento* asegura que la «ynsola gropis», denominación con que alude a «una de las Bisagots en la costa del África occ[idental]»<sup>34</sup>, «era tierra abondada de todos los bienes» (p. 58). En otras ocasiones, especialmente en las sencillas alusiones al agua o a la flora, los escritores tienen presente, de un modo u otro, el *topos* retórico del *locus amoenus*, de tan arraigada tradición, según prueba Tafur al destacar en Mesina sus «buenos jardines dentro de la tierra de fuera e buenas aguas» (p. 298).

Puede ocurrir, además, que una descripción que parezca limitada al plano de lo verosímil contenga algún motivo cuya conexión con lo exótico no escapara al público avisado, según ejemplifica la pintura que hace Tafur de Palermo como ciudad «muy rica por las muchas mercadurías e muy abastada de toda cosa, que, aunque es tierra gruessa, es de la mejor de la tierra; ay grandes açucarales en ella» (p. 300). En efecto, pese a la brevedad, dos notas se revelan con nitidez: por un lado, la ponderación que insiste en lo maravilloso a través de la antítesis («aunque es tierra gruesa, es de la mejor de la tierra»); por otro, el resalte de los «grandes açucarales» que, para un lector de la época, poseía una atracción especial, puesto que, aun cuando el azúcar de caña se cultivaba en la Península desde el siglo VIII, a lo largo de la Edad Media se la consideró un producto de lujo, por lo que, habitualmente, se empleó en compuestos medicinales, reservando la miel, como producto más común, para endulzar.

Algo semejante cabe subrayar sobre el *Viaje de la Tierra santa*, en el que, a la zaga del libro XIV de las *Etymologiae*, se aprovecha la descripción de Creta para conectarla con el origen de diversos inventos:

Fue la primera ysla que tuvo más poderío en armas y naves y la primera que halló letras y que demostró de pelear sobre cavallos. En ella fue primero hallado todo el estudio de la música y dende salió su exercicio en todo el mundo (p. 166)<sup>35</sup>.

<sup>34</sup> Vid. ed. cit., p. 266, s.v. *Ynsola Gropis*.

<sup>35</sup> «Prima etiam remis et sagittis claruit, prima litteris iura finxit, equestres turmas prima docuit; studium musicum ab Idaeis dactylis in ea coeptum» (Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, ed. bilingüe de J. Oroz Reta y M. A. Marcos Casquero, Madrid, II, 1983, lib. XIV.16, p. 194).

Tal apunte didáctico no podía resultar neutro ni secundario para un lector medieval; por contra, contenía una nueva sugerencia de maravillas lejanas, en cuanto que el recuerdo de inventos e inventores planteaba nada menos que un asunto de tanto interés como el origen de la cultura. Por eso, el traductor amplifica el original añadiendo la segunda parte del último párrafo, con lo que se remacha la insistencia en la admiración.

Las distinciones establecidas hasta ahora sobre el concepto de lo maravilloso se hacen evidentes también en otras líneas del *Viaje de la Tierra santa*, donde, con algunos cambios respecto a la fuente, se define a Creta como «tierra donde hay muchas viñas y muy pobladas de arboledas. Es abundosa de muchas yerbas muy saludables y que se anpran en medicina, como díptamo, alno y otras de diversas xuerres». En la misma, además, «nacén piedras preciosas, y entre otras una llamada *ioce dactilo* según Ysidoro, libro XV» (p. 167)<sup>36</sup>. Sin duda, cada uno de los componentes de la descripción, si se consideran por separado, entran en el plano de lo verosímil, que se intenta apuntalar asimismo con la autoridad de Isidoro, pero la acumulación de bondades estimula, de nuevo, la sorpresa que arrastra a los lectores.

No se ignora, desde luego, la existencia de islas frías y así lo remachan, por caso, Alfonso X o Fernández de Heredia<sup>37</sup>, ni tampoco que alguna puede caracterizarse por el «mal ayre e mal agua», según predica Tafur de Chipre (p. 67), pero incluso en la descripción de islas reales aparece como un elemento maravilloso más el clima de bonanza permanente, en el que insiste Juan de Mena en la semiestrofa con la que inicia su compendio de las «islas particulares»:

El mar eso mesmo se nos representa  
con todas las islas en él descubiertas,  
tan bien de las aguas vivas como muertas,  
e donde bonança non teme tormenta (51abcd).

La importancia de estos versos se revela crucial, en cuanto certifica cómo el halo maravilloso que rodea a los universos insulares permite al autor castellano añadir un aspecto ausente en el tratado cosmográfico del que parte, pero que constituye un motivo reiterado. Así se explana, por caso, que en el *Libro de las maravillas del mundo*, del que ya a fines del siglo XIV circuló una versión aragonesa basada en un manuscrito francés, John Mandeville combine los tópicos del *locus amoenus* y del perenne clima primaveral para defenir Sicilia como una isla donde «hay un huerto en que hay

<sup>36</sup> Con toda probabilidad, nos hallamos ante una mala intelección de *Etymologiae*, XIV.16.

<sup>37</sup> Vid. los textos que cita A. Navarro González, *El mar en la literatura medieval castellana*, ob. cit., p. 39.

muchos diversos frutos; aquí es huerto verde y florido todos tiempos, así en invierno como de verano»<sup>38</sup>.

Claro está que, cuando nos tropezamos con una isla esencialmente poética, los elementos maravillosos se acumulan, según se observa, entre los textos elegidos, en el *Libro del cavallero Cifar*. Pues las Islas Dotadas, amén de características que coinciden, de un modo u otro, con las que se aplican a islas reales, destacan por sus bellísimas y apuestas mujeres, entre las que resalta la emperatriz, calificada, mediante una síntesis ponderativa, que roza el tópico de la *indecibilitas*, como «la más fermosa e la más acostumbra dueña que en el mundo naçió» (p. 386). Asimismo, la emperatriz posee inmenso poder: sesenta reyes se cuentan «al su mandar en el su señorío» (p. 385), de los que cuatro le sirven a la mesa (p. 389); y habita rodeada de lujo, «en un grand palaçio» (p. 388), en el que sobresalen una mesa de oro, guarnecida de piedras preciosas y rubíes, «cada uno de ellos [...] tan grande como una pelota» (pp. 388-389), y una vajilla «de oro fino con muchas piedras preciosas» (p. 389). La vida relajada y apacible es, por tanto, consustancial a todos sus súbditos, ya que «estava el su señorío en pas e en sosiego sin bolliçio malo, ca todos se querían tan bien e avían vida folgada e muy asosegada» (p. 397).

### 3.3.C. *Los animales fantásticos*

Un último aspecto entre los elementos maravillosos de las islas tiene que ver con la abundancia de animales conectados con lo fantástico, entre los cuales hay que distinguir un grupo del que se predica, pese a su existencia real, propiedades fabulosas o que, al menos, los singularizan dentro de su especie. Tal sucede con los animales que aparecen en el episodio del *Libro del cavallero Cifar*, en el que desempeñan asimismo una función estructural, en cuanto son la causa de las tentaciones que provocan la expulsión de Roboán de las Islas Dotadas. En ellas, encontramos, así, un alano «más blanco que el cristal» (p. 391) que «non ay venado en el mundo que lo non alcance e lo non tome» (p. 390) o un azor que, amén de pasar por «el mejor del mundo» (p. 392), por lo que no se le escapaba ave alguna (p. 396), era «más alvo que la nieve e los ojos tan bermejos e tan luzientes como brasas. E tenía unas piyuelas bien obradas de oro e de aljófar e la lonja era de filos de oro tirado e de los cabellos de la emperatriz, que non semejava sinon fino oro» (p. 395). Pero más representativo aún de estas características, ya que los rasgos maravillosos se multiplican, es un «cavallo más alvo que la

<sup>38</sup> Para el texto argonés, vid. *Libro de las maravillas del mundo de Juan de Mandevilla*, ed. P. Liria Montañés, Zaragoza, 1979. Cito, no obstante, por la temprana versión que, sobre una traducción latina, se hizo al castellano, expandiéndose en ediciones del siglo XVI (Valencia, 1521, 1524, 1531, 1540). La cita en p. 41 de la impresión preparada por G. Santonja (Madrid, 1984), que sigue el texto de 1524.

nieve» (p. 398) y «de tal natura [...] que nin comía nin bevía» (p. 401), a lo que se sumaba ser «el más corredor del mundo» (p. 398), pues, al picarle la espuela, se movía «como si fuera viento» (p. 403), diseño que me parece relacionado con los hipogrifos y caballos alados que tanto abundan en las tradiciones orientales.

Otra singularidad maravillosa de los animales reales en su conexión con lo fantástico estriba en la inexistencia absoluta de bestias dañinas como consecuencia de la consideración idílica del universo insular. Tal es lo que hallamos, con apego muy expreso a la fuente, que de nuevo parte de las *Etymologiae* (XIV.16), en el *Viaje de la Tierra santa*, donde se nos pinta a Creta como un lugar que

raposas y lobos ni otras bestias fieras ni malas nunca las cría; serpientes ningunas se hallan en ella ni otras bestias que daño hacen. Y, quando las lievan de otra parte, luego son muertas porque la tierra cuffrir no las quiere (pp. 166-167).

En esta tendencia a atribuir propiedades maravillosas a los animales reales cabe llegar incluso a rozar lo milagrero, como cuando John Mandeville, en el *Libro de las maravillas del mundo*, anota que en Sicilia

hay una manera de serpientes o culebras con las cuales se prueban los niños si son bastardos; porque si son legítimos no pueden sufrir el aliento del niño, y si son bastardos las culebras los muerden, y desta manera mueren muchos prueban sus hijos<sup>39</sup>.

Mas los universos insulares se presentan también como un mundo propicio para la integración de animales propiamente fantásticos, vale decir, quiméricos, fingidos e imaginados<sup>40</sup>; y, desde esta perspectiva, resulta harto significativo que las *Andanças* de Tafur, resumen de un viaje real, acojan las muestras más llamativas. En un caso, así, el hidalgo sevillano se ciñe a dar cabida a una tradición sobre el monte Pelegrino, «que está sobre el puerto de Palermo» (p. 299), acerca del cual «dizen que, aunque esté una bestia de muerte, tanto que la puedan subir arriba, en ocho días es sana» (p. 300). Sin duda, el inicio del comentario mediante la fórmula impersonal «dizen» hace pensar que Tafur pretende establecer una cesura clara entre la aceptación de quienes le han relatado tal hecho y la experiencia propia, pero esta impresión se viene enseguida abajo cuando, con una credulidad de resabios librescos, se coloca como testigo de la existencia en Lípári de un verdadero

<sup>39</sup> *Ed. cit.*, p. 41.

<sup>40</sup> Para la distinción entre estos y los anteriores, N. Salvador Miguel, «Animales fantásticos en *La Celestina*», en *Diavoli e mostri in scena dal Medio Evo al Rinascimento*, Viterbo, 1989, p. 286.

monstruo marino: «aquí vi, queriendo descender en tierra, el mayor pescado que jamás vi, que seríe tan alto como una torre» (p. 299).

Actitud semejante adopta en el caso de la sirena, el animal fantástico cuya conexión con el universo insular es motivo reiterado desde la *Odisea*, la cual menciona Tafur cuando, al referirse al Faro de Mesina, asegura que «este Faro es el mar do fingen los poetas que ay las Serenas». Con semejante apreciación, el viajero certifica de manera patente su increencia en estos animales; pero, incapaz de sustraerse a sus saberes librescos y mitológicos, no se resiste a endilgar, a renglón seguido, una minuciosa descripción que, ocupando nada menos que la mitad del episodio dedicado a la isla (pp. 297-298), compendia los motivos literarios con que se diseñaba la sirena-pep, según la tradición que, desde el segundo cuarto del siglo XII, se había impuesto a la antigua tradición de la sirena-pájaro<sup>41</sup>.

#### 4. CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

Por muy parciales que sean los datos en que se han fundamentado mis indagaciones, la reiteración de una serie de rasgos comunes en la descripción de mundos isleños tan varios permite concluir, en primer término, que tales motivos forman parte de una tipología insular que se reitera con independencia de que se trate de islas reales o poéticas, cercanas o lejanas. Es llamativo, en segundo lugar, la coincidencia de esas características con las que se han señalado para los diseños insulares transmitidos por las literaturas clásicas<sup>42</sup> y las correspondencias que, a lo que se me alcanza, cabe establecer con las tradiciones célticas<sup>43</sup> y orientales<sup>44</sup>.

Así las cosas, un estudio global sobre las islas en la literatura castellana medieval, amén de contar con un repertorio textual mucho más amplio y de englobarse en una perspectiva hispánica y románica, debería insistir, sobre todo, en las peculiaridades de creación, singularizando con nitidez las apor-

---

<sup>41</sup> Para la diferencia entre ambas, vid. N. Salvador Miguel, «Animales fantásticos en *La Celestina*», *art. cit.*, pp. 295-296.

<sup>42</sup> Cf., con la bibliografía correspondiente, M. Martínez Hernández, «Las islas poéticas en la literatura greco-latina antigua y medieval», en *Homenaje a Luis Gil*, ed. R. M. Aguilar *et alii*, Madrid, 1994, pp. 433-449.

<sup>43</sup> Me limito a remitir a las consideraciones esparcidas en H. R. Patch, *El otro mundo en la literatura medieval*, México, 1983.

<sup>44</sup> Vid. los textos recogidos por A. Arioli, *Islario maravilloso. Periplo árabe medieval*, Madrid, 1992.

taciones de cada autor. Asimismo, habría que deslindar, al ocuparse de los componentes mitológicos, los que provienen de la tradición grecolatina y los que remontan a un origen celta, bretón u oriental, mientras que en los elementos librescos sería necesario atender a los posibles influjos de la oralidad tanto como a los que dimanen de textos escritos. Por otro lado, se necesitaría insistir en la interconexión entre los diversos motivos analizados, pues, por ejemplo, la mención de las sirenas en Tafur revela que los componentes librescos, mitológicos y maravillosos no son, en algunos casos, sino distintas caras de una misma cosmovisión aplicada a los universos insulares. Por último, habría que comprobar si los descubrimientos marítimos iniciados por Colón provocan muy pronto, como han pensado algunos<sup>45</sup>, un cambio de perspectiva en la pintura literaria de las islas o si nos las habemos con una apreciación que cabe cuestionar, ya que resulta indudable que, en no pocos casos, la experiencia, los conceptos previos y las lecturas anteriores se sobrepusieron a la observación real<sup>46</sup>.

---

<sup>45</sup> Se ha escrito, verbigracia, que sus ecos se encuentran ya en el libro IV del *Amadís*: cf. M<sup>a</sup> R. Lida de Malkiel, «La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas» (apéndice a la obra de H. R. Patch, citada en la nota 40), p. 413, n. 13, proveniente de página anterior; y, a su zaga, J. M. Cacho Blecua, *ed. cit.* del *Amadís de Gaula*, p.171.

<sup>46</sup> Aunque buscan otros propósitos, pueden tenerse en cuenta las reflexiones que hace, en un artículo reciente, J. Kieniewicz, «Lo fantástico, imaginado y engañoso en los primeros relatos de los descubrimientos», en *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada, II. La parodia. El viaje imaginario*, Zaragoza, 1994, pp. 407-419.